

arranca de su seno, espantada ante el horrible deicidio que acababa de presenciar.

Las palabras del Centurión, son la expresión gráfica de ese remordimiento afrentoso, humillante y sombrío, que á su pesar da testimonio de un crimen salvaje é inaudito.

El eco de las palabras del militar romano al retumbar en los espacios, repercuten por todo el Orbe, cuyos hombres aunque empedernidos en la maldad, conocen bien pronto y confiesan, Al, que el Centurión aclama como Justo.

Y las generaciones conservan al través de los siglos, impercedero recuerdo de su muerte, exclamando con dolor en el corazón y lágrimas en los ojos:

*¡Dios ha muerto!*

Ingratitud temprana, y tardío arrepentimiento, refleja esta conmovedora frase.

*¡Dios ha muerto!*

¡Triste palabra, si ella sola no fuera la síntesis y el compendio de la redención!

*¡Dios ha muerto!*

Y con su muerte cierra el primer período de la historia humana, que empieza por la ingratitud de un hombre, y acaba por la ingratitud de un pueblo.

Pues la ingratitud y el odio son los ejes, sobre los que gira la historia del hombre en sus relaciones con Dios.

Odio é ingratitud, que no llegan á trocarse en amor y agradecimiento al pié de la Cruz en el Calvario con la muerte del Señor.

Muerte que muchos conocen y pocos lloran á la vez que tampoco se congratulan, porque su muerte equivale á nuestra resurrección á la vida.

Antes al contrario, pues, ¡triste es decirlo! presas las sociedades, que ayer confesaron con el Centurión, que el Justo había muerto, de horrible vértigo deicida, parecen animadas del criminal propósito de *crucificar á la misma cruz*, ya que no es posible levantar al Redentor otro patíbulo en el Gólgota.

Por esto buscan la muerte de su idea.

Y el Cordero inmaculado, que en la cruz redimió á la humanidad, sufre repetidas muertes, así en el corazón del indiferente como en el alma del impío, que forman el núcleo de esas sociedades, que no reconocen más Dios que la vil materia, ni más ley que las pasiones más bajas y degradantes.